

741-742 OPUSCULO CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO. SOBRE LA CASTIDAD Y LOS MEDIOS PARA CONSERVARLA.

ARGUMENTO.

Pedro encomienda a su sobrino Damiano, entre otras virtudes, la castidad de manera especial: para que la conserve más fácilmente, le aconseja recibir diariamente el cuerpo del Señor. Luego lo instruye contra las insidias del demonio. Finalmente, le pide que se encomiende al prior, a quien debe recordar la importancia de la hospitalidad.

A DAMIANO, hijo queridísimo, PEDRO, pecador y monje, afecto de amor paternal.

Dado que el portador de las cartas se prepara ansiosamente para partir, no puedo escribir lo que debo enviar con la elaboración cuidadosa del estilo; y quiero que consideres más bien el sentido verdadero que cazar las florituras de las palabras adornadas. Mientras tanto, ya que no puedo responder de inmediato, te basta con que te escriba simplemente lo que el Apóstol ordena a Timoteo, como a un igual, por carta: «Mientras llego, atiende a la lectura, a la exhortación y a la doctrina (I Tim. IV).» A lo cual ya le había anticipado: «Sé ejemplo de los fieles en palabra, en conducta, en amor, en fe, en castidad (Ibid.).»

[SOBRE LA CASTIDAD Y LOS MEDIOS PARA CONSERVARLA.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que la virtud de la castidad es más difícil para los jóvenes.

Y para no hablar por ahora de las otras virtudes que han sido enumeradas en esta carta, debes esforzarte por conservar la castidad, que he mencionado al final, no solo en los miembros corporales, sino que esta misma reine y prevalezca principalmente en las entrañas del corazón. No hay virtud que en el florecer de la juventud soporte combates más duros, pues es como un horno de fuego creciente, donde el ardor genuino de la tentación seductora ataca. Pero como no podemos discutir más extensamente sobre este tema debido a la prisa excesiva, no me molesta anotar aquí brevemente y rápidamente lo que la emperatriz Agnes, coronada en otro tiempo con un diadema de oro, ahora colocada mucho más feliz y eminentemente en el tálamo del rey eterno, me relató al caer el crepúsculo de la tarde de ayer; para que en tu ánimo prevalezca no tanto la prolijidad de un discurso extenso como la dignidad de un ejemplo notable. Mientras la mencionada esposa de Cristo, e hija de San Pedro, se deleita en la disposición de todas las virtudes, se detiene con mayor atención en tratar la pureza de la castidad y la modestia. Así sucedió que, mientras conversábamos mutuamente sobre la salvación de las almas, y especialmente como si manejáramos en nuestras manos algunas florecillas de castidad, ella sacó a colación lo siguiente: Después de que el emperador Otto arrebató victorioso el reino de Italia a Berengario, inmediatamente exilió a sus dos hijas a tierras teutónicas. Estas, que reflejaban la dignidad de su linaje real con la belleza de su rostro y la notable hermosura de sus cuerpos, comenzaron a ser solicitadas con insistencia por muchos nobles del reino a la emperatriz Adelaida, para que se les permitiera unir en matrimonio la gracia de tan elegante forma. Sin embargo, las jóvenes despreciaron a todos los pretendientes con igual desdén y rechazaron el matrimonio mortal con el orgullo de una santa altivez. Una de ellas colocó dos polluelos bajo sus pechos y los ocultó entre la ropa y la piel hasta que se pudrieron por completo. Cuando veía que las personas se acercaban a conversar con ella, aflojaba discretamente su ropa y se deleitaba en que el hedor llegara a las narices de los interlocutores. Al sufrir diariamente esta ofensa en sus narices, finalmente cesó la insistente solicitud de los pretendientes, y la virgen de Cristo, mediante la simulada putrefacción de carne ajena, conservó la integridad inviolable de su cuerpo. Así fue como

ambas hermanas eligieron posteriormente la vida monástica y mantuvieron irreprochablemente su propósito hasta el final de sus vidas.

743 CAPÍTULO II. Que la frecuente recepción de la eucaristía es un apoyo para la castidad.

Por lo tanto, hijo, que te avergüence sucumbir débilmente al vicio de la lujuria, incluso en pensamiento, al ver que un sexo más débil y frágil triunfa con tanta gloria: y, para que puedas expulsar a la bestia furiosa, por así decirlo, del campo de tu jurisdicción, esfuérgate, hermano, en fortalecerte diariamente con la recepción del cuerpo y la sangre del Señor. Que el enemigo oculto vea tus labios enrojecidos por el rubor de Cristo, y aterrado, huya a sus escondites de tinieblas. Porque lo que tú recibes bajo la apariencia visible de pan y vino, él, quiera o no, entiende como la verdad del cuerpo y la sangre del Señor.

Además, la misma venerable reina me contó que recientemente en la iglesia de Worms, cuando por negligencia se había reservado la eucaristía durante un tiempo prolongado en una caja, posteriormente solo se encontró carne allí. Así, cuando la mirada de muchos se fijó curiosamente en ella, sin duda juzgaron que no era otra cosa que carne verdadera y sólida.

Rainaldo, también venerable obispo de la Iglesia de Como, estando presente, relató verazmente lo que le había sucedido poco antes: Un presbítero, dijo, en la iglesia donde, con la ayuda de Dios, sirvo, y que aún vive hoy si no me equivoco, tiene tan poco conocimiento de la doctrina de las letras que apenas puede leer un artículo de escritura silabeando; sin embargo, constreñido por la extrema pobreza, se ve obligado a celebrar los solemnes oficios de las misas. En una ocasión, cuando llevó la eucaristía del sagrado sacramento a un enfermo, siendo perezoso y negligente, quedó un poco de la sangre del Señor en el cáliz. Cuando regresó a la iglesia y lo descubrió, pero impedido por el fastidio no quiso tomarlo, inmediatamente lavó el cáliz y lo vertió en una pila de mármol donde había agua bendita. ¡Y oh, gran indicio del poder divino! La parte de la pila que fue tocada por lo que se derramó del cáliz, se convirtió repentinamente en un rubor sanguíneo, donde se expresan dos gotas mayores de sangre; pero ni esas, ni otras que parecen ser más pequeñas, pueden ser lavadas o borradas de ninguna manera, para que el rubor de la sangre impresa pueda ser eliminado. Entonces, si esa púrpura de sangre se adhirió tan tenazmente a un recipiente de piedra, ¿cuánto más creemos que esa virtud celestial reclama para sí el poder en el corazón cristiano? Por lo tanto, hijo queridísimo, no dejes de fortalecerte con estos sacramentos celestiales con frecuencia, con los cuales puedes repeler las astucias diabólicas y los argumentos de la maquinación engañosa. Prepárate, levántate, mantente siempre firme y robusto en la batalla, y no ignores que el adversario incansable lucha infatigablemente contra ti.

744 CAPÍTULO III. El diablo se transforma en ángel de luz para engañar al monje.

Mientras hablo de esto, ahora me viene a la memoria lo que Hildebrando, archidiacono de la Iglesia Romana, relató en presencia de los mismos obispos mencionados anteriormente: Vi, dijo, a dos santos monjes, y obtuve un lugar no pequeño de familiaridad con ellos; quienes vivían en celdas individuales, en el monasterio construido en el lugar llamado Aquisgrán, de los cuales uno, que parecía ser de mayor simplicidad, se llamaba Marino; el otro, sin embargo, se llamaba Romano por su propio nombre. Pero Marino rara vez pasaba un día sin ver al diablo bajo alguna apariencia o escucharlo en sueños, tanto que el antiguo enemigo a menudo se le unía, y juntos celebraban los oficios de alabanza divina. A veces, el autor de las tinieblas se transformaba en ángel de luz, y dictándole como una ley, le ordenaba: Ten cuidado, decía, porque tú, que has merecido ver y hablar con el ángel de Dios, es indigno que de ahora en adelante hables con los hombres. Inmediatamente, él, como si hubiera recibido

un mandato divino, se apartó por completo de la conversación con los hermanos, y se sometió a una rígida censura de silencio. Cuando el hermano Romano primero, y luego el abad del monasterio, le insistieron vehementemente para que les hablara, y él no emitía respuesta alguna con sus labios, el abad, rompiendo violentamente las puertas de la celda, castigó al indiscreto hermano con golpes merecidos, y así lo obligó a devolver el servicio del habla. Inmediatamente le añadió una advertencia: Por eso, dijo, el antiguo adversario, siempre enemigo de las buenas obras, intentó imponerte el silencio, para que tú perdieras el fruto de la edificación fraterna, y aquellos que debían ser aliviados por ti no tuvieran la ayuda de tu consuelo. Así, el hermano, porque no pecó por malicia, sino por simplicidad, volvió rápidamente a su mente, y, despreciando la sugerencia del diablo, accedió humildemente a las advertencias del piadoso padre.

Pero mientras te exhorto, hijo mío, a desbaratar las insidias del antiguo enemigo, no omito lo que la mencionada reina relató haber escuchado de la boca del beato León IX, pontífice de la Iglesia Romana. Dijo el papa mencionado: Mi tía, convertida en monja, estaba establecida en un monasterio de hombres; y allí, viviendo en su propia celda con una mujer de baja estatura, cumplía pacientemente y con humildad los oficios de alabanza diaria.

CAPÍTULO IV. Que el diablo se reconoce por la señal de la cruz.

Una noche, cuando se levantó más temprano de lo habitual para el oficio nocturno, y llamó repetidamente a su compañera como de costumbre; y ella, sumida en un profundo sueño, no respondía en absoluto, finalmente, enojada, no prestó atención a lo que decía: Diablo, dijo, levántate. 745 A esta voz, el diablo, representando la figura de la que dormía, se acercó; y devolviendo mutuamente los versículos, comenzaron a salmodiar juntos; y cuando llegaron al lugar del salterio donde se dice: «Levántese Dios, y sean dispersados sus enemigos, y huyan de su presencia los que lo odian: como se disipa el humo, que se disipen (Sal. LXVII),» y lo demás: aquí inmediatamente el maligno espíritu se detuvo, y no se atrevió a pronunciar estos versículos. La santa mujer, al maravillarse de esto, se asustó; y, sospechando no en vano lo que era, se hizo la señal de la santa cruz, y de inmediato el maligno enemigo desapareció; y mostró fraudulentamente quién era el que había estado acompañando a la santa mujer en el salmo. A esta venerable matrona, en las horas nocturnas, el espíritu maligno también le trajo el cadáver de un hombre que había sido colgado por sus crímenes; y, para infundirle terror, le procuró, por así decirlo, este tipo de regalo. Ella inmediatamente informó al abad del lugar y a la comunidad de hermanos lo que el enemigo más malvado le había hecho; y con fervientes súplicas obtuvo que todos los hermanos en común derramaran oraciones por aquel miserable. Posteriormente, a uno le fue revelado divinamente que, por las oraciones de los hermanos, aquel había alcanzado misericordia. Así, el antiguo enemigo fue engañado, quien, mientras intentaba burlarse del vivo, se vio obligado a sufrir la pérdida del muerto.

CAPÍTULO V. Ejemplo de caridad cristiana.

Por tanto, se te proponen estos y otros ejemplos de tentación diabólica, para que tú también vigiles diligentemente contra las insidias del astuto engañador: y, mientras te deleita escuchar las victorias de otros que luchan con el enemigo, no te relajes por la pereza de un cuerpo débil. Pero ya basta de esto. Encomiéndame a los hermanos, sugiere humildemente de mi parte al señor prior que no se enfríe en su habitual fervor de piedad y misericordia, sino que no omita insistir en la acogida de los huéspedes y en el auxilio de los necesitados, en la medida en que lo permita la situación doméstica. Pero también le ofrezco un ejemplo adecuado, que confío será de gran utilidad para esta causa que deseo persuadirle. Pues la misma reina Agnes, mencionada anteriormente, también dijo que un hombre en las partes de

Alemania, en los confines de los bosques, en las abruptas montañas, en las oscuras selvas, recorría ansiosamente en busca de caza. Así, mientras corría ansioso de un lado a otro, y buscaba con curiosidad los escondites de las fieras, encontró a dos mujeres, madre e hija, vagando miserablemente por aquellos montones de escarcha invernal y profundos restos de nieve. Inmediatamente, movido por la misericordia, dijo a su compañero, que lo seguía solo: Levantemos a estas mujeres en los caballos, cada uno una, y llevémoslas a las moradas humanas, porque de lo contrario estarán expuestas a las mordeduras de los lobos errantes, o sin duda morirán por el rigor del frío. El compañero se negó rotundamente, y se quejó de que no podía soportar tal injuria. A lo que el señor respondió: Yo, dijo, si tú lo desprecias, levantaré a ambas solo, y soportaré alegremente esta injuria que mencionas. Y cuando colocó a una detrás de él, y a la otra, sentada en medio, delante de él: finalmente, el compañero, compungido y avergonzado, cedió a su señor una, y él mismo se apresuró a levantar a la otra. Así, las llevaron a través de lugares muy difíciles y largos desvíos, no sin gran peligro, hasta que encontraron por casualidad un molino, y allí las dejaron. El señor también añadió que entregó a una de ellas una prenda, con la cual pudiera mitigar en parte el rigor del frío. Este hombre, algún tiempo después, se hizo monje, y luego, al agravarse su enfermedad, fue llevado al extremo. Entonces, comenzó a clamar con gran advertencia a los hermanos que estaban presentes, diciendo: ¿Veis la multitud de demonios innumerables que me rodean por todas partes, y no cesan de mirarme e impugnarme con ojos terribles? Y aunque los hermanos insistían en continuas oraciones y salmodias, él, sin embargo, temblaba en sus entrañas con miedo, hasta que aquel que, como se ha dicho, había sido su compañero en la caza, acercándose más, exclamó: ¿No ves que aquella mujer a quien llevé contigo al molino, sosteniendo en sus manos la prenda que le di entonces, la agita, y expulsa violentamente a todos los demonios de esta casa? Poco después, gracias a Dios, fueron expulsados, y desaparecieron por completo de mi vista, impulsados por esta mujer. Así, murió bajo la seguridad de una buena esperanza, y los frutos de misericordia que mostró en vida, los encontró ofrecidos a él cuando murió. Pues a menudo sucede que, entre muchas tinieblas de acciones carnales, surge una luz de buena obra, que lleva al hombre a un buen fin y puerto.

CAPÍTULO VI. Por una obra buena, la piedad de Dios salva a los pecadores.

Por lo cual, no considero ocioso añadir también lo que Esteban, capellán de la misma reina, hombre honesto y prudente, relató. Dijo que el emperador Stedeland de Galicia relató, lo que entonces llegó al conocimiento de uno, y luego otro lo refirió: Tres, dijo, prostitutas había, dedicadas a las obscenas inmundicias de los burdeles, y, por así decirlo, prostituidas con vil lenocinio a todo transeúnte, pero como aquella región era una común residencia de sarracenos y cristianos, ellas se exponían vergonzosamente a los cristianos; pero rechazaban por completo la compañía de los sarracenos. Y mientras se dolían de ser despreciadas en este vil negocio, y se quejaban de que se les infligía una injuria a su gente, finalmente las llevaron al tribunal del gobernador, y les insistieron vehementemente para que consintieran también en la mezcla de lujuria con los sarracenos, como lo hacían con los cristianos. Pero cuando no pudieron obtener de ellas este crimen, ya sea mediante terrores o halagos, finalmente, con la sentencia del gobernador, fueron condenadas a muerte. ¿Qué más? Inmediatamente se acercan los verdugos, y con los puñales vibrantes golpean sus cuellos desnudos; pero ni siquiera pueden cortar la piel superior, fallando en sus golpes. Mientras tanto, aunque ellas desean morir alegremente, y ellos no pueden matarlas, son entregadas a la custodia carcelaria. Por la noche, a una de ellas, que era como la superior de las demás, se le apareció el Salvador, y le dijo: No temas, hoy pondré fin a vuestro combate, y os recibiré con la corona del martirio en la amenidad de mi gloria. Al día siguiente, son llevadas al tribunal del juez, y tras la investigación, la misma sentencia persiste; el mismo ánimo permanece; y detestan por

completo, como antes, los abrazos de los agarenos. Inmediatamente, los verdugos, al ver que no podían hacer nada en sus cuellos, cortan sus gargantas con la espada, y así de prostitutas las convierten en mártires. Pero como este estilo se ha extendido más de lo que había decidido al comenzar, debe detenerse el cálamo, y debe ponerse fin al compendio epistolar. Finalmente, imploro la clemencia de la divina piedad, para que entre las demás virtudes y los signos de toda la santa religión, te infunda la fuerza inviolable para conservar la castidad, y guarde el vaso de tu cuerpo en santificación y honor; para que aquel que dice en el Cantar de los Cantares: «Yo soy la flor del campo, yo soy el lirio de los valles (Cant. II);» así como por ti se dignó hacerse hijo de la Virgen, así también te haga florecer con las flores de la castidad.

Bendito sea el nombre del Señor.